

La última coartada del supremacismo criollo

Rogelio Montesinos
Historiador y politólogo
La Habana, Cuba

Sobran las evidencias de que los gobernantes cubanos no tienen respuesta política ni intelectual para el cada vez más complejo problema racial, que siembra traumas e incertidumbre en el presente y futuro de nuestra nación. Las autoridades sufren la presión de la convulsa realidad socioeconómica y se sienten acorraladas por las fracturas y disfunciones sociales que generan las crecientes desventajas que acumulan los afrodescendientes, por la presión que provoca el debate y las inquietudes internas y externas, y por el peso de los muchos errores y desmanes cometidos contra la imagen y los derechos de los cubanos negros y mestizos a lo largo de su dilatado tiempo en el poder.

El programa televisivo “Universidad para todos” transmitió el curso “Los que pensaron a Cuba”, que muy bien podía ser denominado “Los que pensaron su Cuba,” puesto que reproduce los tradicionales patrones de exclusión y menosprecio que sistemáticamente han invisibilizado el protagonismo y capital contribución de los africanos y sus descendientes a la conformación económica, política, social y cultural de la Cuba que conocemos. El curso obvió una vez más los muchos procesos y proyectos nacidos del pensamiento y la acción socio-política de los afrodescendientes cubanos, que han marcado hitos importantes en nuestro devenir histórico.

El material didáctico no hizo referencia al movimiento de José Antonio Aponte, primer proyecto anticolonial y anti esclavista

en 1812, ni al Partido Independiente de Color (1908-1912), ni al movimiento feminista afrodescendiente, ni al pensamiento político de Antonio Maceo, Juan Gualberto Gómez, Rafael Serra, Martín Morúa Delgado, Evaristo Estenoz, Pedro Ivonet, Ramón Vasconcelos, Sandalio Junco o los muchos líderes sindicalistas.

Ahora han colocado en pantalla un nuevo curso: “Presencia negra en la cultura cubana”. Lo primero que llama la atención es que se vuelve a separar “la presencia negra” de las referencias asumidas de conformación política e intelectual de la nación cubana. ¿Y a que nos referimos cuando se habla de presencia negra? Además de persistir en el referente nominativo colonial, que convirtió un adjetivo (negro) en el sustantivo que describe al ente discriminado, se demuestra una vez más el pavor que genera el término afrodescendiente, que concede legitimidad política y cultural a quienes hemos sido tradicionalmente menospreciados.

Pero más allá de los vicios semánticos que descubren o reafirman una psicología racista muy bien incorporada, resulta harto preocupante las concepciones argumentales que se promueven desde el poder y a través de la academia oficialista para tergiversar de manera lamentable toda nuestra historia y favorecer la mentalidad colonial tradicionalmente incorporada por supremacistas y víctimas.

En este curso televisivo se vuelve a reafirmar el argumento de que los escenarios bélicos de las guerras de independencia, sobre todo en

la contienda de 1895-1898, se convirtieron en edén de armonía racial y fueron los norteamericanos quienes trajeron el racismo a Cuba durante su ocupación (1899-1902).

Tal aberración no es nueva. El año pasado, con motivo del centenario de la masacre del Partido Independiente de Color (1908-1912), varios académicos y autores adelantaron este criterio, que se agrega a la larga saga de tergiversaciones y omisiones tradicionales de la historiografía oficial. Sin embargo, en este caso no se trata de un debate académico o un libro de triste recordación, como *La conspiración de los iguales*, del historiador oficial Rolando Rodríguez. El asunto reviste la extrema gravedad de un criterio expuesto en el espacio que supuestamente debe contribuir a llenar las lagunas y vacíos en el reconocimiento social de nuestra verdad histórica. Se reafirma un argumento totalmente divorciado de la realidad en programa que podría crear referencias sobre el protagonismo y capital contribución de los africanos y sus descendientes a la construcción económica, política, social y cultural de nuestra nación.

Este fenómeno deja claro una vez más que el supremacismo racista de las élites criollas puede cambiar de discurso y de ropaje ideológico, pero siempre buscará coartadas argumentales para tergiversar la realidad, con el objetivo de dejar intactos los patrones de referencia colonialistas que han marcado durante siglos nuestras relaciones sociales.

No contentos con dar continuidad y confirmación a las tergiversaciones institucionalizadas, que desdibujan u omiten de las referencias históricas a tantas grandes personalidades afrodescendientes que dejaron su impronta y protagonismo el devenir histórico de Cuba, se aprestan ahora a estructurar un discurso intelectual que pretende borrar el racismo visceral de ese sector de hombres blancos, descendientes de españoles, heterosexuales y de formación católica que han hegemónico en Cuba los espacios de poder por más de dos siglos.

Ahora esos mismos supremacistas criollos, disfrazados de revolucionarios, pretenden borrar de un plumazo las evidencias históricas de los muchos obstáculos impuestos por el llamado “miedo al negro” al logro de la independencia durante el siglo XIX. No se atreven a reconocer que aquel miedo, que no parece haber muerto, no era el temor a la supuesta violencia de los afrodescendientes, sino el pánico que generaba, y al parecer genera, el talento, la inteligencia, la laboriosidad, el valor y la simpatía que permitió a los africanos y sus descendientes obtener notables avances económicos, sociales, políticos, intelectuales y culturales, a pesar de las muy difíciles condiciones que les imponía la discriminación y exclusión racista en nuestra convivencia social desde mucho antes de que estallara el acorazado *Maine*, fuera derrotada la armada del almirante Cervera o el general Calixto García respondiera solo con una inútil carta a la humillación de no permitir la entrada de los mambises a Santiago de Cuba en 1898.

Resulta criminal e imperdonable, a estas alturas, desconocer que en el interior del movimiento independentista se manifestó también ese racismo que durante tanto tiempo ha impedido el completamiento real de nuestra nación. Para el necesario reconocimiento de la verdad histórica, como imprescindible fundamento de los esfuerzos por alcanzar justicia e integración, es mala noticia que el gobierno cubano continúe tergiversando la realidad pasada y presente.

Nuestros gobernantes no parecen dispuestos a cumplir con la responsabilidad de sentar las bases culturales e institucionales destinadas a instaurar, en la práctica, la igualdad que hipócritamente proclaman en el discurso. Para mantener a los afrodescendientes cubanos en posición de efectiva inferioridad continuarán valiéndose de la manipulación de la verdad y de nuevas coartadas argumentales que garanticen poder absoluto y tranquilidad a ese supremacismo racista que, a todas luces, es supra temporal y supra ideológico.